

te se escaparon algunos de los infieles y codiciosos guardianes llevándose burros cargados y teniendo por eso frecuentes riñas, de las que resultaron tres muertos, habiéndose con tal motivo extraviado \$33.000, pues cuando llegaron al Fuerte, solo se contaron \$107.000.

Se ha llamado por algunos *robo del Jaral* á este curioso episodio, é historiadores respetables como los Sres. Tornel y Rivera (omito citar por apasionado al Sr. Alamán) censuran con tal motivo á Mina, y aun á Moreno, por no haberse apartado de él desde ese instante. Sin embargo de la autoridad de esos escritores, disiento de su opinión, porque creo que ni el hecho que acabo de referir es vergonzoso para aquellos ilustres caudillos, ni juzgo necesario apelar para defenderlos á invocar circunstancias atenuantes.

La guerra es por su naturaleza misma, la cesación del derecho y el estado en que se suspenden todas las garantías sociales, de tal suerte que todo lo que no es posible se sufra por nadie en años largos de paz, se experimenta en unas cuantas horas de guerra. La falta de respeto á la vida humana, á la libertad y á la propiedad, son por más que se les limite y se les disfrace con diversos nombres, los elementos constituti-

vos de la guerra. Desde los tiempos de Roma, á la declaración de la guerra y á la proximidad del peligro, cesaban los cónsules, en sus funciones, callaba el Senado y no había otra autoridad que la del Dictador, y aunque el principio dominante en esa época de que *adversus hostem æterna auctoritas esto*, ha sido felizmente desvirtuado por las enseñanzas de Grocio y demás publicistas, todavía hoy conforme al Derecho Internacional es lícito apoderarse en general de todos los objetos que, destinados á la guerra, pueden favorecer al enemigo.

El numerario de un particular, hablando en general, no está en este caso, pero cuando su dueño lo destina á apoyar al enemigo, levantando con él tropas y fortificaciones y constituyéndose él mismo en jefe, puede decirse que entonces sus fondos propios vienen á confundirse con la caja del ejército, de la cual es lícito apoderarse. En este caso se hallaba D. Juan de Montcada.

Hay sobre esto alguna imputación mas grave con respecto al patriota lagüeño. Afirma Davis Robinson en sus *Memoirs of the Mexican Revolution*, que Moreno y otros de los jefes, privadamente tomaron algunas onzas, asentando po-

cas líneas después que todos los pensamientos y acciones de aquel valiente no tenían más fin que el de acumular dinero.

Sin fijarse en tan infame imputación, ya el Sr. D. Juan E. Hernandez y Dávalos (Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística, tom. 3.º, segunda época) había demostrado que la historia de Davis Robinson está llena de errores. "Mientras que el Sr. Mina hace justicia á los jefes, oficiales y tropa independiente, dice ese apreciable bibliófilo, Robinson y Alamán procuran denigrarlos hasta lo infinito: los hechos heroicos de nuestros libertadores son desconocidos; se mencionan únicamente aquellos por quienes se tiene alguna afección y se deturpa la fama de otros, quedándose la mayor parte, como vulgarmente se dice, en el tintero. Los acontecimientos de las tropas á las órdenes del Comandante Gral. del Potosí, claman por un historiador juicioso é imparcial que relate sus hazañas."

Sirvan las anteriores frases para debilitar la autoridad del historiador extranjero, comparando su obra con los documentos originales, que una vez sabido que no merece crédito en todo lo que escribe, más facilmente podrá justificarse

que es indigno de él en la parte en que tan mal trata al héroe jalisciense.

Este era no solo de distinguida familia, sino aun acaudalado, pues poseía varias haciendas, de suerte que su interés particular, no hay que dudar, lo alejaba de la revolución, llamándolo al cuidado de sus propios intereses. Pero el hombre que poseyendo cuantiosos bienes los abandona aun á la confiscación; que siendo amante de su familia la deja sumergida en la angustia y el dolor, perdiendo unos hijos que caen en poder de su enemigo que les enseñará aun á negarle el dulce nombre de padre, y otros que mueren en el campo del honor al iniciarse apenas en la más temprana juventud; el que sacrifica su reposo en aras de una idea política, y pierde la vida valientemente por la patria, ese hombre no es verdad que solo esté dominado por el pensamiento de acumular riquezas! Aquel que cual D. Pedro Moreno, desprecia sus propios bienes, pierde su bienestar, vé morir á sus hijos por su causa, en prisión á su esposa, y á pesar de tan terribles contrariedades se mantiene siempre leal, valeroso, y apreciado de los jefes más insignes, hasta sacrificar su vida, es digno no solo del mayor respeto, sino de la gloria mas brillante!

Quien dice que héroe de tal magnitud no tenía otra idea que la avaricia y ocultaba unas cuantas onzas, descubre una secreta y vergonzosa pasión personal. Tan infundado é increíble es el juicio de Robinson, que ni siquiera ha merecido ser citado por Alamán, que tomando con todos sus errores la relación de ese autor, nada refiere acerca de una imputación de la que habría sacado partido para desacreditar la causa independiente, diciendo con Virgilio: *et crimine ab uno disce omnes*. Tampoco el apasionado Arrangoiz hace mención de ese calumnioso hecho.

Concluida con tanta fortuna la expedición al Jaral, Mina regresó al Sombrero, sabiendo por un aviso que Borja le llevara, que allí lo esperaban los Sres. Dr. San Martín y Lic. Cumplido, miembros de la junta de Jaujilla, con lo cual apresuró su marcha. Celebróse entonces una importante conferencia en la cual se discutió el plan de operaciones, hallándose reunidos los referidos miembros del Gobierno y los principales jefes de la insurrección en el Bajío.

Se dió el mando superior al denodado Mina, lo cual fué del agrado de Moreno que lo veía acreedor á tal distinción por sus relevantes méritos, así como lo fué también del incansable Encarna-

ción Ortíz, de Borja y de otros; y solo el padre D. Antonio Torres manifestó que aunque no tenía objeción que hacer, solo hacía presente que su sumisión al recién nombrado era un acto de condescendencia, porque teniendo Mina el grado de Mariscal y él el de Teniente general por la Junta de Jaujilla, á él debía corresponderle el mando.

Rencillas pueriles que solo indicaban ambición y debían producir incalculables daños, pues desde aquel momento el Coronel Young dijo á sus compañeros "pienso que podemos confiar en la sinceridad de todos los jefes patriotas con excepción del padre, en cuyo semblante veo retratada la envidia; debemos desconfiar de él porque veo que es enemigo de nuestro buen general."

El desinterés y la abnegación que mostró Moreno en aquella ocasión, cediendo incondicionalmente el primer puesto que él tenía, á su nuevo compañero, es otro título de gloria, como es para Guerrero el haberse sometido en Acatempan á Iturbide, y como lo es también para todos aquellos que posponen su interés y sentimientos personales ante el bien público!

Entonces erró Mina en la elección de los medios de la guerra, pues contra lo que se le acon-

sejaba por la Junta de Gobierno, dispuso defenderse en aquella fortaleza, dando con esto tiempo á que se reunieran todas las tropas del rey en su persecución y abandonando el sistema que tan bien le había probado, de hacer constantes excursiones.

Mientras Mina y Moreno cubrían sus sienes de inmarcesibles laureles, el partido realista en todo el país se hallaba atónito y atemorizado ante tanta audacia y tan gran valor como había desplegado el insurgente español. Por todas partes llovían proclamas de fidelidad á Fernando VII, se levantaban tropas, se recogían fondos, se divulgaban falsas noticias y se hacía alarde de entusiasmo realista.

El clero de Guadalajara no se quedó atrás en semejantes manifestaciones, así es que el Sr. Obispo D. Juan Ruiz de Cabañas dirigía el 30 de junio un oficio al Mariscal D. José de la Cruz en el que le decía: "Exmo. Sr.—Con motivo de la invasión del traidor Mina me pareció necesario y conveniente al servicio de nuestro soberano y bien de la patria y á la defensa de la religión y del Estado, excitar al venerable Sr. Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia á que como en otras veces lo hemos hecho, cooperásemos en esta á

la consecución de objeto tan sagrado, sosteniendo por nuestra parte alguna tropa y dando ejemplo de esta manera á todas las clases y cuerpos de esta diócesis, á fin de que hiciesen lo que esté á su alcance.—El venerable Sr. Dean y Cabildo á quien me dirigí por medio de una carta, me ha contestado con otra del tenor siguiente: Exmo. é Illmo. Sr.—Muy Sr. nuestro y de nuestra mayor atención y respeto. Al momento que nos enteramos del interesante objeto á que se centrae la muy respetable de V. E. I. de 24 del corriente, resolvió unánimemente este Cabildo que por parte de V. E. I. de la de la fábrica de esta Santa Iglesia y de la de este mismo cuerpo, se sostengan por el tiempo de un año 100 soldados de infantería, y que su costo se entere mensualmente por esta Clavería á disposición del Exmo. Sr. General, á más de la de los 25 de caballería del escuadrón de voluntarios de Nueva Galicia, que continuaremos manteniendo hasta el 26 de octubre próximo, conforme á nuestra promesa. Nos congratulamos desde luego con V. E. I, por la disposición constante é interés decidido que á la cabeza de este cuerpo fielmente dedicado al mejor y más pronto servicio de Dios, del Rey y de la patria, ha manifestado

sin reserva en las más urgidas circunstancias del estado, y damos á V. E. I. las debidas gracias porque nos proporciona ocasión de acreditar por nuestra parte los mismos leales sentimientos, que siempre han animado á este cuerpo, y de que ha dado pruebas nada equívocas con su cooperación decidida á la pacificación del reyno y á la destrucción de los rebeldes."—Y habiendo recibido la preinserta carta en la mañana de este día, tengo la satisfacción de trasladarla á V. E. para que si es de su aceptación, se sirva disponer y comunicarme lo que á bien tenga sobre el entero del préstamo mensual de los 100 infantes que hemos acordado mantener."

El Gobierno virreinal por su parte, viendo el incremento que tomaba el partido insurgente al soplo de Mina, dedicó todas sus fuerzas y sus mejores jefes á su persecución. Acababa de llegar de la península D. Pascual de Liñan, Mariscal de Campo, quien por el cuidado que ponía en el aseo de su persona y la elegancia con que vestía, llamó la atención en México siendo objeto de burlas y chanzas, mas como viniera precedido de envidiable reputación militar, recibió el encargo de mandar las numerosas tropas que de todas partes se destinaron á sofocar el renacien-

te incendio revolucionario que amenazaba abrazar á la Nueva España.

En tal virtud Liñan se fortificó en Querétaro mientras se aproximaban las tropas con que debía operar, y una vez que el Brigadier D. Pedro C. Negrete se situó en León con una división de Nueva Galicia, y que llegó el batallón de Zaragoza, mandado por el Coronel D. Estanislao Loaces, se aproximó hácia el foco insurgente de la Sierra de Comanja, en combinación con Orrantía que bajaba de Dolores y con el coronel Ruiz que venía de San Luis Potosí, formando en su rededor un círculo de hierro y estableciéndose en Silao el 26 de julio.

Al día siguiente salió Negrete de León para Silao á encontrar al General en Jefe, llevando 250 caballos y dos cañones ligeros y como Mina supiera luego tal movimiento, en la tarde del mismo 27 salió del Fuerte acompañado de Moreno al frente de 500 dragones y por la noche atacó aquella villa.

Desgraciadamente un destacamento avanzado luego que vió la tropa insurgente se replegó dando lo voz de alarma, y como la víspera había sido reforzada la población, circunstancia que ignoraba Mina, fué recibido con un vivo

fuego de fusilería de suerte que aunque llegó hasta la plaza, se apoderó de un cuartel é hizo varios prisioneros, tuvo que retirarse con bastantes pérdidas, pues se contaron 79 muertos y 25 prisioneros, si bien los defensores de León tuvieron que lamentar más de cien muertos.

Fué este el primer revés que sufrió aquel valeroso caudillo que coronó su atrevido esfuerzo con un acto de generosidad de los que le eran comunes, poniendo en libertad á sus prisioneros, mientras el jefe realista que era el coronel Andrade fusiló al punto todos los que él hizo.

Aquel ligero desastre y la proximidad del enemigo que redoblaba cada día su vigilancia, obligaron á aquel puñado de patriotas á reducirse á la defensa del Fuerte del Sombrero en que se hallaban y que por tanto tiempo había servido de refugio al Mariscal Moreno con el carácter de Jefe de la Provincia de San Luis Potosí que le había dado el Gobierno independiente.

El día 28 de agosto se publicó en el campo realista la siguiente *Orden General*.—"Las tropas destinadas á operar en esta provincia, se repartirán en tres divisiones: la primera la mandará el brigadier D. Domingo Estanislao de Loaces, y será su segundo el teniente coronel del Regi-

miento de Zaragoza D. Manuel Saltor. Se compondrá del primer batallón de este regimiento, un escuadrón de dragones de Sierragorda, otro de San Luis, otro de S. Carlos y otro de fieles realistas de Guanajuato y las piezas que ahora tiene y las que después se le destinen. La segunda división estará al mando del coronel de voluntarios de Navarra, dos escuadrones de dragones de San Luis y otro de caballería de Frontera y las piezas de artillería que ya tiene. La tercera se compondrá del batallón primero Americano, un destacamento del Regimiento de la Corona y otro del batallón lijero de México; tendrá un escuadrón de caballería de N. Vizcaya, otra de fieles del Potosí, otros dos de dragones de San Carlos y la caballería de Frontera, y dos destacamentos de dragones de Querétaro y Sierragorda. Mandará esta división el teniente coronel D. Juan Rafols, sargento mayor del batallón primero Americano, y será su segundo el coronel graduado D. José María Calderón; tendrá la artillería que se le ha mandado reunir. Se reconocerá por mayor de todas estas tropas al coronel efectivo D. Juan de Horbegoso y por ayudante de campo del Sr. comandante general al teniente coronel graduado D. Salvador Lobo

y Horta, al teniente D. Pedro Torrens y alférez D. José Vigil. La tropa de la primera división se hallará lista á marchar á las cuatro y media de la mañana, comiendo el primer rancho á dicha hora.—Cuartel general de Silao, julio 28 de 1817.—*Juan de Horbegoso.*

Los elementos con que se contaba en el Fuerte, consistían en 650 hombres de las partidas de Mina, Moreno, Ortíz, Santiago Gonzalez y Borja que llegó dos días antes con 60 ginetes, contándose por todos habitantes como 1.000 personas con las mujeres, ancianos y niños. Había 17 cañones todos viejos y mal montados, de calibre de 2 á 8, y algunas reses, cerdos, borregos, cecina, arroz, maíz, azufre, salitre, etc., etc. Mas la fortificación carecía absolutamente de agua, la cual tenían que ir á tomar de un arroyo, que aunque corría á corta distancia, estaba fuera de las murallas. Solo en la casa de Moreno había un pozo ó algibe, pero estaba seco.

Por parte de los realistas según sus propios datos, se contaban 617 españoles del Regimiento de Zaragoza; 463 del de Navarra; 250 criollos del de Toluca; 1.205 de caballería de los Regimientos Fieles de San Luis, de San Carlos, Querétaro. Nueva Galicia, Colima, Sierra Gor-

da y Realistas de Apam y 1.000 de la brigada del Coronel D. Juan Rafols, ó sea un total de 3.541 con doce piezas de artillería y cuatro obuses.

El 31 de julio de 1817 comenzaron las operaciones del sitio, habiéndose presentado Liñán frente al Fuerte y tomado posiciones, según el siguiente parte dirigido al Virrey: “Exmo. Sr.—El Sr. General en jefe de este ejército, Mariscal de Campo D. Pascual de Liñán, á las tres de la mañana de hoy desde el pié del cerro de Comanja me ha encargado dé executivamente parte á V. E. de que en la tarde de ayer las tropas de Guadalajara, al mando del Sr. brigadier Don Pedro Celestino Negrete, se colocaron en un cerro al lado S. O. de Comanja á tiro corto de cañón: que las del Sr. coronel D. José Ruiz que vinieron por los Altos de Ibarra tomaron un parapeto avanzado del enemigo en el cerro de las Tablas, que está al N. de Comanja, en cuyo punto dominante de la fortificación enemiga colocó aquel jefe su artillería; y que S. Sria. con la división de su inmediato cargo se colocó al O.

En esta disposición se dispararon los primeros cañonazos contra Comanja á las cinco de la tarde. El Sr. General había de subir antes de

amanecer, á dicho cerro de las Tablas con la artillería gruesa y el batallón de Zaragoza, por ser aquel punto más ventajoso y principal para el ataque. Hoy desde esta villa, de donde se observa Comanja perfectamente, se han visto varios movimientos por nuestras tropas; el fuego de cañón ha sido bastante continuado y el enemigo lo ha hecho solo algunas ocasiones. El rebelde Mina por ahora subsiste dentro del cerro con Moreno y unos 600 hombres, tiene pocos víveres; y á pesar de que el cerro de Comanja tiene mucha circunferencia y barrancas, este Sr. General toma muchas precauciones y durante la noche se ponen algunas compañías en observación. El estar al vivac, ser las tres de la mañana y hacer un viento muy fuerte, han sido motivos para que el Sr. General no haya manifestado á V. E. estas ocurrencias y me haya encargado que yo lo haga. Todo lo que pongo en noticia de V. E. para su superior conocimiento. Dios guarde á V. E. muchos años.—Villa de Leon, 1^o de agosto de 1817.—Exmo. Sr. Juan Rafols.—Exmo. Sr. D. Juan Ruiz de Apodaca.”

A su vez Mina avisaba también con fecha 31 de julio el principio de las operaciones, al Padre Torres que se hallaba en el Fuerte de los

Remedios, excitándolo para que atacase á Guanajuato ó á los mismos sitiadores según le pareciese, llevando la siguiente postdata que muestra á la vez que su entusiasmo por el ejército, el desencanto que abrigaba en el fondo de su alma por la diferencia en la disciplina y equipo de sus subalternos y de sus enemigos. “Se me van los ojos, escribía de su puño, tras del regimiento enemigo que está subiendo, por el gusto que me dá ver marchar la tropa en tan buen orden.”

Desde el primero de agosto á la madrugada, las baterías de Liñán mantuvieron por muchos días un fuego vivísimo, gastando inútilmente y con profusión las municiones, porque por la posición y las obras de defensa no originaban gran daño. Pero el día 2 avanzaron algunos cañones, se colocaron otros en el cerro de las Tablas y se impidió la comunicación del Fuerte con los aguajes, poniendo partidas bien reforzadas á las órdenes del Teniente Coronel D. Pedro Pérez de San Juan de los regimientos de Zaragoza, San Luis, Sierra Gorda y Nueva Galicia, tanto en el arroyo de las barrancas del Oeste, como en el ojo de agua de la de Barbosa.

Mina en oficio del mismo día 2, rebozando sere-

nidad y buen humor, después de aconsejar al Padre Torres mucha actividad para que atacase á Guanajuato y bloqueara al ejército sitiador, le decía: "Por fin la logramos. Figúrese U. que cara será la mía teniendo por pelendengues á Liñán, Negrete y Orrantía. La cosa sería más divertida que una corrida de toros, si tuviésemos víveres; pero gracias á la apatía general que domina tan soberanamente á todos nuestros hermanos, ayunamos sin ser vigilia. En fin, todo se puede remediar; reunan ustedes toda la gente que puedan, y pónganse ustedes cerca de Guanajuato camino de Silao, sin arriesgarse á atacar esas plazas á no estar seguro de tomarlas. Al mismo tiempo se debe prohibir toda entrada de víveres en las plazas enemigas, y si se nos puede introducir algo por el camino de Barbosa.

Si el movimiento de U. obliga al enemigo á retirarse le iremos picando la retaguardia, y no dejará de sufrir en la retirada. Salud y libertad. Sombrero, agosto 2 de 1817.—*Javier Mina.*"

Pero el agua se había agotado y empezaron entonces horribles sufrimientos, que el Sr. Orozco y Berra pinta con admirable verdad y maestría en las siguientes líneas:

"Mina y Moreno habían creído que los fuegos

del fuerte protegerían la toma del agua; fallidos sus cálculos, creyeron que la falta era muy fácil de repararse, supuesto que estando en la época de las mayores lluvias se haría abundante provisión de las que el cielo les enviara. Pero se pasaron los días, la corta cantidad de líquido reservado en el algibe comun y en poder de los individuos se agotó al cabo, aunque cuidado con esmero, y comenzaron terribles padecimientos. Los niños, las mujeres, los hombres más débiles perdieron la fuerza y el sentido: unos lloraban, los otros sin vigor para manejar las armas corrían á todas partes como insensatos. En balde se distribuía para mitigar los horrores de la sed, una ración de mezcal y se recurrió á mascar el jugo de algunas plantas; aquellos licores irritaban más las desecadas fauces y producían nuevos y espantosos males. Los más arriesgados bajaban á la barranca á ver si burlaban la vigilancia del enemigo, y de comun pagaban su temeridad con la vida; se aprovechaban también las noches oscuras, pero sentidos por la larga fila de los centinelas realistas, apenas podían llenar alguna pequeña vasija, que solo servía en el fuerte de avivar el deseo de cuantos no podían alcanzar algunas gotas. La lluvia era

el único recurso, el remedio ansiosamente esperado. Las nubes se presentaban en el horizonte, subían, engruesaban, ocultaban el sol y formaban sobre Comanja un negro dosel; llenos los corazones de esperanza y de ansiedad, sin hacer caso del incesante fuego, del contrario, los habitantes del fuerte, sia apartar los ojos, seguían obstinadamente el movimiento de los vapores; preparaban cuantos utensilios tenían propios para recoger agua; sacaban las imágenes de los santos y les dirigían fervientes é incesantes oraciones; el chubasco iba á caer; vana esperanza; las nubes impelidas por el viento dejaban caer avara y desdeñosamente algunas gotas en el recinto de la fortaleza, y se desataban en torrentes á pocos pasos, en el campamento español, en las vecinas llanuras de León. Las mujeres recojían tristemente sus vasijas, se dejaba sin rezo á los santos y volvían á los labios las imprecaciones de la desesperación."

El día 3 fué llamado desde el campo realista el vencedor de Peotillos á grandes voces por el oficial de Zaragoza D. Pedro Pazos, quien lo invitó á pasar á sus banderas, recordándole que era español. Hallándose los interlocutores á considerable distancia el uno del otro, hablaron

públicamente y á gritos, contestando el insurgente que él no combatía á España, sino al tirano Fernando, defendiendo la libertad.

Dicen algunos escritores fundados en la aserción de Solórzano que parece pasar por testigo, que agregó Mina: "yo no amo á los americanos ni mucho ni poco," con lo cual quedaron resfriados en su adhesión y confianza cuantos supieron aquello. Parece sin embargo, inverosímil semejante afirmación; porque no es de suponerse que quien había cuidado tanto de alhagar á los mexicanos y captarse su cariño, ora sometiéndose incondicionalmente á la Junta de Jaujilla, ora elogiando á los guerreros que lo acompañaban, ora en fin, dando á los mexicanos los primeros puestos, obrara tan imprudentemente y tan sin necesidad en los momentos en que más le convenía conservar aquel afecto y adhesión que se supone despreciaba.

A ser ciertas tales palabras, difícilmente lo habría acompañado después en la desgracia un solo mexicano y lejos de eso siguieron todos los principales y más celosos patriotas dispensándole la misma confianza é igual afecto que antes.

Así opina tambien el Sr. Zamacoiz, y el Sr. Zárate, después de refutar la especie, dice que